

Bajo la alfombra

(aquello que incomoda,

mejor apartarlo)

Universidad Nacional de La Plata.

Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata.

Trabajo Integrador Final de producción literaria.

Nombre de la producción: *"Bajo la alfombra"*.

Autor: Matías Andrés Villarreal.

Legajo n° 13452/0.

Contacto: mvillarreal2285@gmail.com

Sede de cursada: La Plata.

Directora del TIF: Marina Arias.

Co-directora del TIF: María Verona Demaestri.

Asesor del TIF: Nicolás Alejandro Miguez.

Fecha de presentación: junio de 2020.

Resumen del trabajo: *"Bajo la alfombra"* es un proyecto de libro de cuentos que indaga sobre las representaciones de sujetos sociales en situación de vulnerabilidad social.

Índice

Ahora me vas a escuchar	4
Los reyes vagos	8
Un árbol con anteojos	17
Buscando a Lucas	20
El contacto	26
Cigarro armado	32
Montevideo, última noche	38
Un tema de Los Redondos	42
Vigilia	46

Ahora me vas a escuchar

Cuando Paulina rescató a Ricky de la calle por tercera vez –en definitiva, la última– fue testigo de una escena clave en aquella esquina. Pero por ahora prefiere no tocar el tema.

Volvían apurados por el frío y porque se acercaba la hora de la cena. Paulina marcó cómo serían las pautas de convivencia a partir de ese momento.

–Ahora llegás, te pegás un buen baño y te sumás al resto de los chicos para cenar, ¿estamos?

Ricky, de quince años, le juró como un nene de siete. Prometió que sí. Y Paulina, como toda trabajadora social, le hizo la pregunta del millón.

–¿Vas a volver a escaparte?

–No –respondió.

–Te pregunto en serio, Ricky.

–¡Y yo le respondo en serio!

–Mirá que me costó convencer a la directora después de lo que pasó –advirtió Paulina–. No fue fácil conseguirte un colchón y frazadas.

–¿Tengo un colchón para mí?

–Sí, por eso te digo. Este invierno está siendo muy crudo y fue mucha la demanda de distintos hogares e instituciones.

-Si me consigue una tele, es la más grosa.

-Sos cómico Ricky. Primero porque me tuteás y segundo porque sabés que hay una sola tele y es la que se comparte en el comedor -dijo-. Pero no quiero terminar esta charla sin hacerte una pregunta -advirtió, y se tomó un segundo antes de indagar-: ¿Por qué volvés a la misma esquina cada vez que te escapás?

Ricky revoleó los ojos como buscando algo hasta que coincidió con los de Paulina. Entonces levantó los hombros.

-No sé, me gusta esa esquina -dijo Ricky-. Aparte ya la conozco y algunos amigos me encuentran ahí -agregó.

Paulina abrió el ropero, sacó un toallón, y Ricky contó más detalles. Le dijo que en cada semáforo en rojo se apoya contra la misma pared, el mismo frente, y generalmente sentado. Y cuando pasa a luz verde se levanta, pero no siempre para limpiar vidrios.

-A veces cuelgo mirando al malabarista -confesó-. Es un capo, tiene onda con el público.

-Mirá qué bueno. O sea que debe juntarse unas moneditas.

-¡Junta gente, que es mejor! Se le quedan mirando, lo aplauden. ¡Mirá que voy a pasar a limpiar vidrios, ja! No me dan pelota.

Paulina sonrió y le dio instrucciones antes de irse. Luego vino la ducha, la cena, un poco de televisión y el colchón. Al otro día Ricky se despertó último; le habían guardado

tostadas y café con leche. Susana, la encargada de la cocina, se asombró por cómo Ricky sostenía la taza de cerámica. Y recordó que en invierno siempre se aprieta más fuerte y más tiempo.

–¿Qué vamos a comer señora? –gritó.

–Es una sorpresa, chiquito. No puedo contarte. Pero sí puedo decirte que hoy empieza el taller de guitarra.

La información no le despertó demasiado interés. Aún así preguntó quién daba la clase y a qué hora. Luego subió a su habitación, se puso la ropa que le gusta a Paulina y bajó a jugar al patio con otros chicos hasta la hora del nuevo taller. Parece que Ricky confirmó aquella teoría que afirma que las mejores cosas suceden sin esperarlas. Es que disfrutó tanto la clase que empezó a utilizar esa ropa no sólo como tributo a Paulina, sino a las clases de guitarra.

Dos veces por semana hacía el mismo ritual. Esperaba los martes y los viernes con más ansias que cualquier otro día. En cada semana de julio y en cada clase Ricky tomaba la iniciativa ante los otros chicos y se aferraba a la guitarra. Que “soy el más mayor”, que “pasame que quiero probar una cosita”, que “mirá qué bien me sale esto”.

Paulina estaba satisfecha por un lado porque Ricky cumplía las nuevas pautas de convivencia y comportamiento, y por otro, porque realmente notó su entusiasmo y el de los chicos en el nuevo taller.

Comenzó agosto y el día del niño fue el más frío del año. El profesor de guitarra les enseñó técnicas para agilizar los dedos y que así pudieran hacer sonar las cuerdas sin

congelarse en el intento. En esa clase, antes de despedirse de los chicos, dejó su guitarra como regalo por el día del niño, ante sonrisas y bocas abiertas.

-Ya saben tocar algunos temas, así que ahora pueden practicar todos los días
-dijo.

La guitarra sonó desafinada, pero sonó todos los días. El patio y la televisión ya no eran las únicas distracciones dentro del Hogar. Un viernes al mediodía, uno de los chicos alertó de una situación a la directora y el primer llamado fue casi automático.

-Tu preferido volvió a escaparse -dijo.

Paulina salió disparada de su casa más rápido que los insultos. Apuró el paso pensando qué iba a decirle a la directora, aunque la decisión era indeclinable. Antes de tomar la calle principal, dobló. Caminó dos cuadras y fue bajando el ritmo hasta que el semáforo en rojo la detuvo. Achinó la vista y estaba él, contra la misma pared de siempre, obligando a su amigo malabarista a repartirse el público por hacer sonar su guitarra.

Los reyes vagos

El partido terminó pero Pablo no puede salir del Estadio. Está mezclado entre los barras y la policía. Algunos agitan por la bronca del 3 a 0 en contra; otros porque ya vienen picados por otras disputas con la cana. Conoce perfectamente la mierda en que se mueven unos y otros. Las cámaras aparecen al toque. En los diarios se viene hablando de la violencia en el fútbol y del peligro de jugar con público visitante. “La sociedad no está preparada para recibir visitantes”, había titulado un diario de tirada nacional semanas atrás, reforzando las declaraciones del ministro de Seguridad. Pablo supone que ésta será la última vez que podrá viajar para ver a Gimnasia.

Camina en medio de la marea de gente. Se concentra en avanzar en la inercia de la multitud sin que lo pisen y sin llevarse puesto a nadie. Si quisiera frenar no podría. Ya está casi llegando a la puerta de salida cuando alguien desde atrás lo pisa y la policía dispara un gas lacrimógeno. Pablo, con la zapatilla casi de ojota, se tira contra una pared. Da media vuelta con los ojos cerrados y respira, como puede, por debajo de la remera. Tapándose la nariz y la boca corre una cuadra y busca con ojos chinos, ardientes, algún conocido de la filial Tolosa. No ve a nadie. Quiere putear al aire pero lo corta un ataque de tos.

La cancha de Lanús tiene una particularidad: se accede por una calle amplia que choca con el Estadio. Ahí quedan, en fila, las combis y los micros estacionados. Es imposible perderse. Aun así, a esta altura del sábado, Pablo no se la quiere jugar y prefiere

preguntar por el bondi que lo trajo de ida. Pero “hay bardo y estos giles se tienen ganas”, piensa. En la esquina no hay micros. Gira, ve una combie a quince metros y se acerca.

–Disculpe jefe, ¿no vio al micro de la Filial Tolosa en la esquina de allá?

–Me parece que ya arrancó, pibe –responde el conductor–. Pero acá van todos para La Plata. Metete en cualquiera –dice y con la ceja le marca a su ayudante que cierre la puerta corrediza.

Pablo le cree menos que a los medios de comunicación. Se aleja unos metros como volviendo a la esquina. En la vereda de enfrente ve otro bondi; tiene unos cuantos viajes más en el lomo. Cruza. Se pone de frente al micro para ver el cartel. En ningún lado lee “Tolosa”. Se asoma a la puerta del bondi para chusmear y una sombra se le pega encima.

–¿Qué pasa amigo? ¿Te perdiste? –le pregunta un pibe de 20 años, de pelo rapado a los costados y boca grande.

–Estoy buscando a los de la filial Tolosa –dice Pablo, plantado.

–No pasa nada, amigo. Te venís con nosotros. Somos del Churrasco.

Pablo no registra; está en cualquiera. Piensa en el combo que ofrece la zona del *Churrasco*: carencias, tranzas y falopa. Ese pedacito de Tolosa donde la barra de Gimnasia juega de local. Conoce esas movidas y no quiere meterse en quilombos.

–Gracias pero tengo que volver con los pibes de la filial –dice.

–¡Epa, me estás despreciando! Te digo que venís con nosotros y venís con nosotros. Tirame una moneda nomás. ¿Qué tenés?

-No tengo nada, loco. Encima me quedé a gamba -se excusa sacando para afuera los bolsillos pelados del jogging.

Ese gesto es un guiño para otro de los pibes que ahora lo lleva contra la pared. Así, “de queruza”, como le pidió su cómplice, porque la cana está parada sobre la esquina, a unos diez metros.

-Dame plata guacho -dice con dientes apretados el pibe que se arrimó.

Ante la negativa de Pablo, que tiene encanutados 200 mangos en la zapatilla, los pibes le piden el celular. Uno lo empuja hacia la puerta del micro y se le pone atrás.

-Subite y dame el celular, gatito -le susurra.

Pablo sube pensando que lo llevarían al fondo. Que no tiene nada por hacer. Que es carne de cañón. Cuando les da el teléfono, los pibes se van agitando hacia el fondo como ratones conquistando un pedazo de queso. Pablo se zambulle en el primer asiento libre que ve. No le dicen nada. La única que le chista es una flaquita que está en un asiento de la hilera opuesta.

-¿Estás bien? -le pregunta-. Vi por la ventanilla la secuencia que te fumaste.

Pablo apenas responde con un gesto y gira contra su ventanilla. Pasan unos minutos de silencio. Sólo hay miradas de pibas de flequillo que suben y dicen en voz alta que les habían “dormido el asiento, vieja”. Pasaron de largo. La que se sentaba enfrente se rio. Le hizo un “ok” con el pulgar y se estira apoyándose en el apoyabrazos. “La Negra me dicen”, comentó. Pablo asienta con una mueca y mira hacia el fondo para confirmar que el movimiento es tranquilo. Comienza a hablar como para no parecer tímido. Dice que “la

vuelta se va a hacer larga”, menciona algo del clima, de los gases lacrimógenos y de lo mal que está jugando Gimnasia. Que el nueve no baja una pelota. Que los laterales no se proyectan. Llevan unos diez minutos de charla con la Negra, hasta que sube al micro el “Tolo”, jefe de la barra. Tiene puesta una remera de Divididos que le marca la panza, unas chuzas que le barren los hombros y un gorro que usa para taparse las entradas.

–¿Dónde están los boludos del Pity y el Rulo? –pregunta, sin paciencia.

Los murmullos se apagan. Nadie objeta nada pero le insinúan que siguen esperándolos. El Tolo los quema con la mirada, saca su celular y marca rápido.

–No me atienden estos pendejos. Bueno, es corta la bocha. Si no vienen en diez minutos arrancamos.

Alguno desde el fondo dice “no los podemos dejar tirados”. Dos o tres apoyan lo mismo.

–Vengan ustedes a chamuyar con la cana entonces. Es corta: diez minutos – sostiene.

El Tolo se baja del bondi y arriba empieza una asamblea. Que si, que no. Que todos, que ninguno. Pasan los diez minutos. El Pity y el Rulo no dieron señales de vida y el Tolo se sube. No tiene que decir nada. El bondi arranca escoltado por dos patrulleros. La cana siempre se asegura que los bondis más pesados salgan a la autopista y no se queden vagando.

Dos pibes del bondi hicieron “una vaquita” para comprar vino en cartón. Quizá especularon con una posible comunicación de Rulo y el Pity; quizá buscaron una manera de

dilatar la subida a la autopista sin enfrentarse al Tolo. Frenaron en el primer kiosco. La Policía peló un megáfono y tiró la orden: “circulen, suban de nuevo y circulen”. El Tolo pegó un grito y volvieron al micro. Unas cuadras después el bondi volvió a frenar. Los mismos pibes bajaron rápido y encararon un kiosco. Los patrulleros estaban unos metros más alejados, ya doblando en la esquina. Los pibes querían apurar el trámite en el kiosco pero dejaron el desafío a medias. Lograron meterse al bondi y los patrulleros se cruzaron adelante para que no pongan primera. Los vigilantes bajaron con escopetas en mano, rodearon el micro y con las culatas empezaron a golpear a los costados.

–Bajen todos –grita uno de los uniformados. Los pibes que recién subieron, vuelven al fondo atropellándose para recuperar su refugio.

–Aguantá cobani, amigo –se escucha desde el fondo–. Es un tinto nomás. Te convidamos.

El Tolo mira enardecido a los pibes de atrás y luego se asoma por la primera ventanilla que da a la calle. Dice algo con voz pausada y la Policía se retira, mirando de reojo a los vagos del fondo, haciendo sonar la goma y el cuero pesado de las botas. Arranca el micro y atrás, de nuevo, ambos patrulleros. En ese momento suena el celular del Tolo. Eran los pibes que habían quedado varados.

–Listo, en la estación de servicio de Sarandí, antes de subir a la autopista entonces –dice en voz alta el Tolo.

Pablo busca a la Negra con la mirada y apenas abriendo la boca, suelta:

–En la primera de cambio yo me rajo.

-Bancá, no te arrebatas -responde la Negra-. Si te escapás lo toman como traición. Te van a marcar y van a buscarte. Dejame pensar en algo -dice.

El bondi avanza unas diez cuadras, dobla primero a la izquierda, después a la derecha y encuentra la Estación. Frena en la esquina de enfrente y el Tolo grita al micro entero que "acá nos bajamos todos hasta que lleguen estos dos giles, ¿estamos?". Los patrulleros estacionan en la vereda de enfrente con los canas parados del lado de la calle, con sus radios en altavoz, agazapados como un felino sigiloso marcando el terreno y la mirada teledirigida a los pibes del micro, que todavía van armando fila para bajar. La Negra se levanta y con minuciosa discreción le indica a Pablo que la siga. Él se acomoda detrás.

-Vos seguime y no hables -dice la Negra, con un giro breve y un movimiento de labios casi de ventrílocuo.

Bajan y se sientan sobre el cordón, como todos. En silencio, comen semillitas y alguno abre su gaseosa para matar el tiempo. La Negra, sentada, se arrima a la posición de la Mona, la pareja del Tolo que coordina los viajes.

-Otra vez tenemos marca personal, Mona -le dice.

-¿Viste, vos? Marcan más que Gimnasia.

-Para eso no hay que hacer mucho mérito, Mona.

-No, pero fijate cómo están preparados para jugar de contragolpe. Unas ganas tienen.

-Pensé que ya no estabas coordinando los viajes -comenta la Negra.

-Lo que pasa es que los fines de semana me estaba quedando en el barrio.
Estamos armando un comedor infantil: Los reyes vagos.

-Mirá vos. ¿Y cómo viene?

-Bárbaro. Bah, vienen muchos pibes. Demasiados. Lo mejor sería que
estuvieran con sus familias y no necesitaran venir, viste. Pero damos una
mano en lo que podemos. ¿Y vos chiquita? -señala la Mona-. Te veo bien
acompañada.

-Ah sí, es mi chico.

-No lo tengo. ¿Cómo se llama?

La Negra no contesta y lo mira tentada.

-Pablo me llamo, señora.

-Ah mirá, vos sabés que te veo cara conocida. De la cancha seguro que no.
Pero yo a vos te tengo.

-Puede ser. Soy de Tolosa -agrega.

La Negra se levanta y se palpa los bolsillos, más por ansiedad que por convicción.

-Mona, nosotros nos cruzamos al kiosco de la estación. ¿Querés algo?

No sabe porqué le preguntó eso, pero la Mona ya le pidió unos puchos, ya le dio
plata y ya le pidió que no demore, porque "ni bien lleguen estos pendejos, arrancamos".
Pablo se paró y marchó como un soldado, atrás de la Negra. Cruzaron. Los miraron como si

caminaran desnudos por una pasarela. Cuando llegaron a la estación encontraron hinchas de Gimnasia que estaban cargando combustible. Les hablaron disimuladamente, les rogaron volver con ellos. “No tengo lugar” les dijo uno de camperita, que llenó el tanque, pagó con tarjeta y salió arando. Un último auto estaba por poner primera, hasta que Pablo se le paró adelante.

–Capo, por favor.

–Tengo lugar para uno –le contestó.

Pablo se sorprendió. Ambos quedaron perplejos. Se miraron de frente y se entendieron. Ambos le agradecieron el gesto y siguieron.

–En el Churrasco me enseñaron esto –dijo la Negra–. Es corta: todos o ninguno. Y acá ya estamos jugados y nosotros dos, esta vez, somos todos.

–El código lo entiendo. ¿Pero entonces por qué no te quedás con ellos para hacerles el aguante?

–Yo los conozco. Hay mucha gente que quiero y sé cómo son –advierte la Negra–. Cuando se cruzan con la cana se transforman: les encanta hacerles frente. Es como si esa adrenalina les diera una inyección que los pone pilas, no sé. Y yo no quiero quilombo –concluye.

Mientras Pablo la escucha, tiene una epifanía: recuerda que en Sarandí, no muy lejos de la autopista, estaba la estación de trenes del Viaducto. También sabe que ya no tiene celular para buscar ayuda por *google maps*. La Negra, entonces, saca su teléfono para buscar la ubicación pero lo que encuentra primero es un mensaje de número desconocido:

“comprame philipp común, chiquita”. Cuando intenta abrir el buscador se queda sin batería y sin teléfono. Sin tiempo siquiera para putear, se escucha un estruendo en la esquina.

–¡La cana! –grita Pablo.

Miran para el bondi y no llegan a ver ni uno en el cordón. Toda la tribu se dispara en direcciones aleatorias. Y allá van, sin destino, como las balas de goma que intentan alcanzarlos. La Negra y Pablo también corren por la avenida, en la misma maratón que ellos y con la misma desesperación.

Un árbol con anteojos

Volvía del trabajo en el 202, como todos los días. Pero me bajé en la parada equivocada. No sé en qué pensé. Cuando me quise acordar estaba haciendo un paneo con la cabeza, perdido en la esquina de 1 y 60. La velocidad urbana me hizo sentir como un árbitro de tenis en medio de un peloteo. Intenté calmarme. Soborné mi alteración observando –por la hendidura entre los edificios– el tono naranja del horizonte de diagonal 79. Bajé la vista y ahí me quedé: achiné los ojos para ver a un tipo grande, de unos cincuentipico, parado en la esquina. Estaba quieto, como si fuera el objeto fijo de una acuarela con estelas de movimiento a su alrededor. Llevaba puestos anteojos de sol y en su mano derecha un bastón. Esperé el semáforo, crucé y me asomé a su espalda. Giró levemente el cuello.

–Voy para la Biblioteca Braille –dijo–. Decime por dónde encaro.

–¿Eso dónde queda?

–Cerquita querido, en 5 entre 60 y 61.

Hice una cuenta rápida de la cantidad de cuadras. Seguía con bronca por haberme bajado antes. Pero fue quizá por culpa –y también por cierta curiosidad– que decidí acompañarlo. Se retiró un pasito atrás de mi posición, apoyó su mano izquierda en mi hombro y enfilamos por calle 60.

Se presentó como “Cachito Rolón”. Llevaba el mentón bien adelante y una nariz aguileña rojiza que amenazaba con el filo de los pelos que asomaban. Tenía sus pocas canas peinadas para atrás, endurecidas, como quemadas por un tono amarillento. Me contó que iba a la Biblioteca porque estaba ensayando una obra de teatro. Qué buena onda, me dije. Entonces le comenté de mis años en las tablas, en La Plata y en Buenos Aires, y de una notita que tengo apuntada en casa, en un papel pinchado sobre telgopor: ‘*La isla desierta: teatro ciego*’.

La caminata siguió. Cachito me sujetaba firme el hombro, más bien para calmar mi paso ansioso que para guiarse él, que sostenía un inquebrantable espíritu de contar baldosas. Supongo que la cercanía de bocinas y los ruidos callejeros le daban la pauta de que ya estábamos pisando la esquina. Entonces asomó su bastón; luego confesó.

-También me gusta escribir pero no me animo a publicar.

-¿Y por qué?

-Mirá, yo perdí la vista a los 15 años y quizá haya cosas que perciba cómo son pero no sé si sería fiel a la realidad, ¿entendés?

Le dije que “más o menos” y le pedí un ejemplo. Pude escuchar que inhalaba más pausado y más profundo. Creí que se estaba concentrando pero no: justo pasábamos por una carnicería. Yo también tuve que contener la respiración para que esa mezcla de sangre cruda y lavandina no me pudriera el estómago.

-A veces quisiera hablar de los árboles -retomó-. Yo me arrimo al árbol, lo abrazo y recorro con mis manos la corteza para investigar su textura. Ahí

tengo una idea de qué madera se trata y lo confirmo cuando le golpeo el tronco para escuchar cómo suena –y gesticuló con el puño como si lo tuviera enfrente–. Luego levanto del piso alguna hoja para sentir su temperatura y darme cuenta si recién cayó o hace rato que está en contacto con la tierra. Entonces palpo con mis dedos las nervaduras imaginando la ruta que puede hacer una gota cuando se le posa.

Recién cuando se perdió el ruido de la sierra en la carnicería, Cachito levantó las cejas: “Ya llegamos”, dijo y marcó la casa siguiente. No respondí. Me había quedado en aquel árbol. Caminé con la mirada inerte, como si no pudiera ver. De fondo sentí los golpes en el piso que sonaban a paso firme. La madera se escuchaba cada vez más pesada, más cerca, hasta que por fin abrieron.

–¡Entren! ¡Vamos que hace frío! –chilló una mujer de unos anteojos que le cubrían hasta los pómulos.

Cachito me soltó el hombro y se plantó de frente:

–Te tengo que dejar porque llego tarde al ensayo y Peter Pan me va a matar – soltó–. Pasate un día y grabamos algo en el estudio de radio que tenemos – dijo y avanzó por la rampa de acceso, como siempre, contando baldosas.

–Cuando quieras –le grité– pero no te vas sin tirarme la posta: ¿dónde me tomo el 202?

Buscando a Lucas

–Ey Lucas, ¿sos vos? –le dice Juan al pibe que acomoda la mercadería, que sigue su marcha con cabeza gacha y ojos esquivos, acaso negándose.

Se sumergió en imágenes borrosas. Llegaba del colegio, almorzaba en su casa de parque Castelli y mientras hacía la digestión adelantaba tareas para el otro día. Nunca las dejaba listas por completo; sólo hacía lo necesario para que su madre lo viera ocuparse de los deberes y así dejarlo salir. Cuando agarraba la pelota y caminaba hacia la puerta por el piso de madera, sentía placer al escuchar el repiqueteo de los tapones de sus botines. Pedía que le cerraran la puerta porque teniendo siete años todavía no le daban las llaves. Dejaba un surco en la vereda haciendo picar la pelota hasta la cuadra siguiente, donde frenaba en un pasillo y tocaba timbre preguntando por Lucas. Lo hacían esperar unos minutos; Juan se sentaba encima de la pelota y veía pasar los autos hasta escuchar otro repiqueteo acelerado y entusiasta a sus espaldas. Lucas venía sonriente meneando la cabeza como un péndulo y haciendo morisquetas.

Era un momento religioso porque, como lo dice su origen etimológico, la palabra ‘religión’ proviene del griego *re-ligare*, o sea, “volver a unir”. Se sentían íntegros compartiendo esos momentos.

Se saludaban chocándose las manos y enfilaban hacia la plaza haciendo pases, hipnotizados por la pelota, como si estuvieran frente a un fogón. Llegaban a la esquina, se aseguraban que no pase ningún auto y pateaban la pelota lo más lejos posible. Al pisar la

llanura verde se metían en otro mundo y durante largas horas corrían, jugaban y conocían nuevos amigos también devotos de la misma religión.

Al bajar el sol debían volver a sus hogares con la alegría de saber que al otro día se daría lo mismo. Llegar del colegio. El almuerzo. La digestión y la tarea a medias. La pelota. Los botines. La vereda. El pasillo. El encuentro. La hipnosis. La interminable llanura verde. La libertad de jugar durante horas hasta que el sol se apagaba marcando el final del recreo.

Un día Lucas no estuvo en su casa. Tampoco al otro día. Durante años no volvieron a cruzarse. Juan dejó de ir a la plaza. Comenzó a trabajar y estudiar. Se fue a vivir solo. Estaba por cumplir 30 años cuando rendía las últimas materias de la Facultad. Un martes cualquiera, almorzando con sus padres en la vieja casa de parque Castelli, encontró unos guantes de arquero en una caja de objetos que su madre había preparado para tirar a la calle y se le vino encima la niñez, la plaza, las tardes enteras pateando la pelota, y Lucas. Quedó callado mientras sus padres hablaban de los tarifazos del gobierno, de la situación económica y de la inseguridad que destacaba Clarín en su tapa de hoy. Se levantó de la mesa, tomó los guantes y se fue a la notebook.

–¿Cómo carajo era el apellido de este pibe? –dijo, comiéndose las uñas frente al buscador de facebook. Estaba a punto de comerse el pulgar entero cuando frenó de golpe: movió los ojos de un lado a otro, como un parabrisas, intentando atrapar ese nombre. No hubo caso.

Durante dos semanas se quedó obsesionado con la imagen de Lucas, con la plaza, con sensaciones de libertad. Tenía nítidos recuerdos de patear en la vereda con él y otros vecinos que ya no vivían en el barrio; en ese barrio que ya no tenía pelotas rodando en el

asfalto ni en las veredas; esas que ya son más transitadas por la incipiente “Policía Local” que por los niños. A Juan le molesta que hoy los chicos jueguen con su celular o su Tablet y los picados ya no se improvisen en las plazas. Hoy tiene que conformarse con pisar una canchita techada de fútbol 5 una vez por semana.

Juan tenía que rendir las dos últimas materias. No podía postergar más la cuestión. Pero quizá como forma de procrastinar esa obligación, persiguió aquella idea casi obstinada de encontrar a Lucas. Y vio una hendidura de luz que podía abrirle una puerta: Huguito, el mayor de sus hermanos, el de la mensajería, estaba siempre con “la 22”: la denominada barra de Gimnasia y Esgrima La Plata.

Ni lo pensó, el mismo domingo sacó entrada y se mandó al Estadio del bosque. Miles de personas se agolpaban contra las vallas para pasar los controles policiales. Juan sabía que “la 22” entraba con bombos y trompetas cinco minutos antes de comenzar el partido. Al principio se le hizo difícil identificarlos porque había gente de muchas agrupaciones haciendo sonar distintos instrumentos. Luego vio a dos vagos que les hacían frente a los caballos que la Infantería les tiraba encima. Se acercó. Ligó algún cartón de vino que voló y tuvo que correrse por la embestida de un caballo contra los vagos. Juan retomó su búsqueda y frenó a uno pero no le dio bola o no le entendió. Paró a otro que venía corriendo: nada. Atajó a dos pibas que caminaban juntas y tuvo premio.

–El Sapo decís vos –le dijo una–. Es medio petiso.

–Puede ser. Es Díaz de apellido –contestó Juan. Las pibas se le rieron.

–Acá no sabemos ni el apellido nuestro, amigo.

-Tienen razón, perdonen. ¿Ustedes podrían llevarme donde está él?

Las pibas lo miraron; quizá les cayó bien. Le hicieron un gesto y caminaron hacia el lago del bosque, alejándose unos metros de los accesos al Estadio. Pasaron los puestos de choripán, al de semillitas y garrapiñadas que los miró de reojo al pasar y los manteros que venden gorras y banderas azules y blancas. El partido empezaba en diez minutos y Juan caminó unos 300 metros. Iba callado; las pibas no se daban vuelta ni para escupir. Pero cuando cruzaron el lago se detuvieron.

-Es el de musculosa y pelo rapado -indicó una de las pibas y mirando a la otra, sin más, se volvieron.

Juan quedó solo, de frente a tres tipos que le hicieron una radiografía de pies a cabeza. Uno le chifló a las pibas sin obtener devolución, los otros se convidaban un cigarro armado. Juan se acercó dos pasos y se anticipó.

-Maestro, ¿vos sos el Sapo? -soltó.

El petiso de musculosa y pelo rapado se paró lentamente y limpió sus manos contra el pantalón de jogging que le quedaba grande.

-¿Qué pasa? -contestó el Sapo- ¿Vos sos yuta que anda de civil o qué? -siguió el rapado.

Juan se mantuvo quieto y vio cómo los otros dos se paraban como escoltas.

-No, loco. Nada que ver -le dijo-. Mirame bien Huguito, ¿no te acordás de mí?

Huguito, el petiso rapado convertido en sapo, hizo sentar a los otros dos pibes y se acercó a Juan.

-No te tengo -le cantó- ¿quién sos?

-¿Cómo que no? Parque Castelli. Todos los días desde pendejos. Fulbito con tu hermano Lucas.

Huguito lo miró a los ojos durante cinco segundos; luego levantó las cejas.

-Jodeme que sos vos, Juancito -le susurró despacio, como si soplara las palabras. Se miraron y rieron por lo cambiados que estaban.

-Tenés entradas y no son para la cancha, ehh -dijo el rapado.

Recordaron picados de hace 20 años. Partidos nocturnos contra otros barrios. Torneos de penales. Cuando jugaban a las bases o al veinticinco. Se reían hasta cuando quedaban callados. No podían creerlo. Ambos estaban conectándose con la misma sensación. Hasta que Juan recordó su propósito y aceleró el trámite.

-¿En qué anda Luquitas? -preguntó.

-Uhh no. Aquel está en Entre Ríos, en una granja. Se está rehabilitando del paco -largó Huguito-. Cayó fulero con esa porquería -sentenció.

Juan quedó perplejo, como si le hubieran hecho un gol al minuto de partido. Luego le pidió un contacto para ubicarlo pero Huguito le avisó que su hermano no tenía celular.

-No le dejan usar. Los tienen aislados -dijo-. Sé que cada tanto pueden meterse en internet pero no sé si tiene Facebook. Soy medio mono con las redes y todo eso. Él cada tanto llama. Pero fijate si lo ubicás, amigo.

Huguito se despidió porque el partido estaba por empezar. Le pasó su celular y arrancó con sus dos amigos para la cancha. Juan prefirió no ver el partido y volverse a su casa. Ese día ya no podía conseguir más nada.

Pasó más de un mes. Juan apenas le dedicó dos o tres días a sus dos últimas materias. Todavía no sabe la nota. Estuvo durmiendo poco y alimentándose mal con la excusa de preparar bien esos parciales.

En el mediodía de hoy, Juan está pensando en lo vacía que tiene la heladera y entra al supermercado para hacer la compra del mes. Incluye una gaseosa para compartir en la casa de su amigo Martín, el único que pudo comprar el *Pack Premium* para ver los partidos por televisión. Si Gimnasia le gana a Vélez en Liniers, quedaría a un punto de Boca. Siente un mareo al salir a la vereda y se maldice por no haber tomado un jugo de naranja más temprano. Cuando se le acomoda la vista logra entrar a la verdulería, pero repentinamente se frena y da media vuelta.

-Ey Lucas, ¿sos vos? -le dice al pibe que acomoda la mercadería.

El contacto

Se alejó con paso acelerado. Entró en el primer local que encontró. “Mire que ya estamos cerrando”, dijo el verdulero. Lucas lo escuchó pero su mirada se quedó en aquella esquina. El verdulero le fichó el bucito con capucha y el pantalón de jogging con barro seco, casi como estampa. Se apuró en guardar los cajones y le hizo señas a su esposa, que demoraba en hacer la caja. “Ya me voy señor”, marcó Lucas, agitado.

La esposa del verdulero ensayó una sonrisa, acaso distraída. Lucas los miró y pegado a la pared se fue arrimando a la vereda. Las luces azules aún parpadeaban en la esquina. Justo cuando salió decidido en dirección a plaza Paso, Tomás aparece en escena.

–¿Lucas? ¿Sos vos? –dijo y se tildó boquiabierto, haciendo equilibrio con las bolsas de supermercado, como el símbolo de la Justicia.

Lucas no lo vio o no quiso verlo. Se alejó unos metros pero por algún motivo frenó. Quedó de espaldas a Tomás. Giró apenas, como espiándolo desde los hombros. Dio media vuelta, se tomó la cabeza y sonrió. El abrazo y la charla en la vereda fue como abrir un álbum de fotos en color sepia. Recordaron escenas de la infancia. Anécdotas eternas que terminaban en risas. A Tomás le vibró el bolsillo del pantalón pero no quiso atender. Entonces retomó el abrazo y la sonrisa fresca. No hay nada más importante que el reencuentro con su amigo, ese de nariz ancha, granitos en la cara y casi la misma sonrisa. En ese momento Tomás vio que a Lucas le faltaban dientes.

-¿No seguirás agarrándote a piñas en la cancha vos, no? -dijo Tomás.

La respuesta fue una mueca cabizbaja y negadora.

-Escuchame -siguió Tomás- yo vivo acá a la vuelta. ¿Por qué no tomamos unos mates y vemos el superclásico?

Lucas miró hacia la esquina, luego asintió. Caminó refugiado contra la pared, en silencio, hasta que brotó la sorpresa de Tomás.

-Te juro que te estuve pensando este tiempo y ahora te cruzo. Es increíble, te llamé con el pensamiento. ¿Seguís jugando fulbito? -le preguntó. Lucas contestó que "más o menos" y luego apuró el tranco.

-¿Falta mucho?

-¡Bancá, Lucas! -largó Tomás entre risas-. ¿Quién te apura? Sos el mismo personaje de siempre. Relajate.

Llegaron. Tomás abrió la puerta del pasillo y lo invitó a pasar. Lucas relojeó hacia atrás por última vez y se metió. Tomás no dijo nada. Caminaron hasta el final del pasillo y entraron. El dueño de casa prendió su computadora para enganchar el partido por internet, que comparte con la vecina, porque "las cuentas no cierran". Fue a preparar el mate y desde la soledad de la cocina le gritó.

-Hace diez años que no nos vemos pero te conozco Lucas, no me chamuyes -dijo-. Vos te seguís juntando con los mismos pibes del barrio, ¿no?

Lucas confesó que sí pero le aseguró no estar metido en nada raro. “Por mi vieja”, le juró. Tomás creyó en su palabra, pero siempre supo que a su amigo no le cuesta irse a las manos por cualquier motivo. Dejó el mate y se acercó acelerado a tipear alguna página en la notebook porque Lucas no tiene idea de computadoras y en realidad mucho el partido no le interesa. Luego volvió a la cocina y retomó el interrogatorio. Lucas, que nunca habló mucho de su vida, sintió que ya no podía gambetear la situación.

–Amigo, te digo una cosa –empezó–. Tenés razón en que soy cabrón pero si lo decís por los dientes, no viene de ninguna pelea. Nada que ver.

Tomás reguló al mínimo la perilla de la pava, tomó una bombilla del primer cajón y escuchó que “los dientes se me fueron cayendo de a poco por el virus”.

–¿Cómo? ¿Qué virus?

–Soy portador –soltó Lucas–. Eso es lo que me está cagando, amigo. Perdoná que te lo diga así nomás –siguió.

Mientras Lucas siguió unos segundos pidiendo disculpas por “tirar esta bomba”, Tomás, casi igual de boquiabierto como cuando lo cruzó en la calle, guardó el mate y la bombilla, sin pensar.

–Qué cagada, amigo. Eso sí que es una cagada –dijo Tomás como para decir algo.

No tuvo mucha reacción. Buscó dos tazas y la cajita del té. Dejó hervir el agua y le dijo que no tenía más yerba, que no se había dado cuenta y que sólo podía ofrecerle agua o té. Le llevó agua. Se sumó al comedor para ver el partido con el volumen al mínimo, con la

idea de charlar tranquilos. Pasaron diez minutos y el partido era aburrido. Los equipos se medían mucho, ninguno arriesgaba más de la cuenta. Estaba más quieto que Tomás en su silla. Ninguno de los dos retomó el tema hasta que Lucas, como para levantar un poco, le cambió de frente contándole que estaba tocando la guitarra. Su amigo quedó fascinado con esa noticia y le preguntó más. Lucas agregó que toca mucho rock nacional y que practica cuando lo dejan solo en la gomería.

–¿En la gomería? –preguntó Tomás–. ¿Cómo es eso?

–Sí, les doy una mano a la tarde, me tiran unos mangos y después me dejan dormir ahí, tranqui.

Lucas le confió que ahí se siente tranquilo. Que puede tocar un poco la guitarra y olvidarse del mundo. De los laburos que perdió, de los laburos que nunca va a tener, de “su chica” que lo dejó y los hermanos que “están en cualquiera”.

–Encima te vas a reir pero el del medio, el Chapu, se hizo cana –dijo Lucas–. Igual no le quedaba otra. Ya estaba jugado.

Tomás esbozó una mueca incómoda y desvió un segundo los ojos, hasta que la voz del Lucas continuó el relato.

–Ese es mi problema, posta. La yuta. Me persiguen y no sé qué carajo hacer. Una vuelta me agarraron en la esquina fumando uno con los pibes y me metieron a un calabozo de toque. Me comí el garrón de mi vida dos noches, amigo: me cagaron a palos, me hicieron cagar ahí en la celda, no me daban

agua, nada. Hasta que un cana se me acercó y me dijo que si quería salir le tenía que hacer caso.

-Hijos de puta -largó Tomás-. ¿Qué les hagás caso con qué?

-Querían que les labure. Primero que les lleve celulares. Pero bancá. ¿sabés qué? Para mí me entregaron los amigotes de mi hermano, porque el Chapu ahora tiene que hacer buena letra y esos pibes quieren seguir con sus privilegios, ¿me entendés? Y saben que Lucas, el gil, se sigue juntando con los mismos pibes.

-Y bueno, ¿no podés hacerte el boludo? -dijo Tomás comiéndose las uñas, apagando el celular que le sonó de nuevo. Luego le preguntó qué postura tomó, qué les dijo.

-¡Que sí, amigo! Lo que querían escuchar. Les pedí que me consiguieran la medicación que necesito y como ellos tranzan también con laboratorios.

-¿Entonces te metiste en el negocio? -irrumpió Tomás.

-No, ni a palos. Le cambié mano a mano un celular que no andaba por la medicación y con eso zafé tres meses. Siempre me metí en quilombos, pero el choreo no me cabe. Y ahora me están buscando para hacerme mierda.

-Pero vos necesitás la medicación, Lucas. Es una cagada, pero pensalo bien. Son medicamentos caros y que consigas laburo va a ser un tema.

-Ya fue, amigo. La llevaré como pueda -dijo Lucas-. Me meteré en una granja, no sé. Pero si la zafé hasta ahora casi sin medicación -siguió, mostrando una sonrisa más bien nerviosa, dejando ver una encía casi huérfana de dientes.

Hubo una pausa. Tomás quedo tildado, ni siquiera lo movió el gol de Boca para ponerse 1 a 0 en el "Superclásico". Lucas es tripero, no le importa mucho el partido. Agachó la cabeza y tomó envión para hablar.

-Perdoná el atrevimiento, amigo, pero hace días que no me baño. ¿Podría usarte la ducha?

El dueño de casa se sorprendió con el pedido y demoró unos segundos en decirle "claro, mono, te alcanzo una toalla". Lucas agradeció y agregó algo.

-¿No tendrás algo de ropa para darme? Esta que llevo tiene más partidos encima que la bandera del Loco Fierro -soltó Lucas entre risas y un poco de tos. Bastante tos.

Tomás prendió el calefón y le alcanzó una toalla. Separó ropa que le había preparado. Se aseguró de no darle ninguna que tuviera el escudo. Desde su pieza escuchó la ducha, escuchó de nuevo la tos. Y de nuevo escuchó su celular. Sonó dos veces. Atendió. Tomás se mantuvo callado. Del otro lado del teléfono, fue su compañero quien habló:

-¿Ya podemos entrar?

Cigarro armado

Los compañeros de Josefina se fueron yendo uno por uno. Le mandó un whatsapp a su padre para apurar el trámite. Eran cerca de las once de la noche y a pesar de ser una zona céntrica de la capital provincial, el movimiento de autos empezó a bajar. Al quedarse sola Josefina decidió mudarse unos metros hasta el escalón de una puerta secundaria del teatro que resultó un rincón más pequeño y cálido para tolerar el frío y el tiempo. Juntó las rodillas, abrazó sus piernas y las llevó contra el pecho. Asomó una mano para mandarle otro whatsapp a su padre, ya con emoticones enojados.

Quieta como una estalactita, Josefina movió apenas los ojos para seguir los pasos de un hombre de unos treintipico que patrullaba la vereda de enfrente. Iba de un lado a otro, con andar cansino, asomándose cada tanto hacia la calle. Se escabullía entre los autos estacionados agitando un trapo para señalar los pocos lugares disponibles. Gesticulaba y largaba palabras del estilo de un vendedor ambulante como si pidiera atención a los autos que seguían de largo y dejaban un coletazo de frío que la ponían más rígida que su ceño fruncido. El hombre bajó su trapo, como entendiendo el final de la noche y se fue rápido hacia la casa de un vecino en la vereda que caminaba como propia. Encaró la pequeña puerta del gas contra la pared. La abrió y sacó una campera vieja de cuero. Josefina miraba atónita. El hombre parecía tener la acción automatizada. En ese movimiento, en aquella misma escena de cada noche, este hombre vio algo distinto: una mujer lo espiaba desde enfrente. La vio sentada, huérfana de compañía. Sin dejar de prestar atención a las escenas de su vereda, cruzó lentamente hacia ella, metiendo sus manos en los bolsillos.

—Hace frío, amiga —le dijo.

Josefina demoró en responderle. Se quedó mirando su pantalón de jean más gastado por la calle que por el tiempo. Quizá por ambas. El hombre la miró impaciente y dio un paso largo hacia su posición sin sacar las manos de los bolsillos. Josefina sintió un olor a podrido que la obligó a contener la respiración mientras, de reojo, le escaneó la pilcha. Apuntó al jean y pensó: “eso es olor a calle”. Giró la vista hacia la esquina por donde tenía que doblar el auto de su padre; no vio a nadie. Apuró una respuesta esquivándole la mirada.

—Sí, está complicado.

—¿Complicado? Complicada está la calle, linda.

Se sentó a su lado. Luego se sacó el gorro sucio de lana que le cubría la cabeza y se le cayeron cuatro o cinco billetes que levantó con todo el tiempo del mundo. El hombre estiró una mano a la altura del pecho de Josefina: ella lo saludó con timidez, un poco tirándose hacia atrás. Le sintió la palma curtida como la de un mecánico, un ceramista o un jardinero. Miró el celular. Nada.

—Permiso —exclamó el hombre.

Se sentó pegado a Josefina y con sus dedos ásperos se puso a armar un cigarro. Ella se quedó con los ojos prendidos en ese billete de cinco pesos en el que desparramaba tabaco con los dedos de la otra mano.

—El billete puede servir para muchas cosas amiga— dijo.

Luego, con magia de artesano amasijó su billete mugriento con pulgares e índices hasta darle forma al cilindro que deseaba.

—El pucho me zafa un rato del frío y el hambre— confesó y le ofreció una pitada. Josefina desistió de la cortesía, y mientras agradecía con la cabeza le preguntó, ahora sí, mirándolo fijo:

—¿Hace mucho que estás por acá?

—Ni me hagas acordar —dijo, dándole su primera pitada al billete; luego siguió—. Hace dos meses me cortaron el plan del gobierno. Quería terminarlo para pegar un laburito. Pero bueno, se cortó eso y me cortaron el gas también, por no pagarlo, ¿viste? Las boletas me están matando.

—Sí, mal ¿Y no conseguís nada?

—No, pero menos voy a conseguir quedándome en mi casa. Tengo que salir a rescatar algo —largó con la mirada puesta en un horizonte que sólo encontraba la vereda de enfrente.

—Bueno, tenés una casa al menos —dijo Josefina y el hombre demoró la respuesta con la excusa de una pitada larga.

—Es una manera de decir —tiró, para salir del paso.

—¿Y dónde vivís entonces?

—En una pensión municipal para gente en situación de calle. Pero es una mugre y no nos andan las estufas. Hace más frío adentro que afuera.

—¿Cómo que no andan las estufas?

—No, amiga, ¿y sabés qué? —dijo y se perfiló para contarle de frente en un tono más bajo— La última que nos pasó fue mortal: se acercó una mina que está en el Concejo Deliberante, ¿viste? Bueno, recorrió el lugar, habló con los pibes que estábamos en ese momento, de nuestra situación y toda la bola y pidió que le pasemos una lista de cosas a solucionar. Al toque le hicimos la lista y le cantamos la posta: que a nosotros mientras nos arreglen las estufas ya estábamos hechos.

—¿Y qué pasó?

—Aguantá que te digo —dijo mientras con los dedos hacía malabares para que no se desarme su cigarro que ya estaba más blando que un panqueque; y siguió— La mina nos dijo su nombre, todo careta, todo lindo, ¿viste? Nos dijo que íbamos a tener novedades y a los diez días cayó un gasista. Joya, “ésta es la nuestra”, dijimos. El tipo recorrió el lugar, vio que eran tres o cuatro estufas para arreglar y antes de irse nos pasó un presupuesto para que garpemos nosotros. ¡Tomatelá!

—Me estás jodiendo.

—No, nena. ¡Ya estaría allá sino! Tampoco soy tan gil.

—No, es que no te puedo creer. ¿Y la concejal qué dijo?

—Jaja esa turra desapareció, amiga.

Josefina había quedado tan tildada que le costó divisar el auto de su padre, que le hacía luces desde la esquina. Le dijo al tipo que se tenía que ir y lo saludó con un apretón de manos. Josefina agarró sus cosas y el hombre se paró. Tiró el pucho al piso y lo aplastó del lado de la numeración bancaria del billete.

—Siempre lo armo para que me quede la numeración visible y como nunca me gustaron las colas del banco, ahora me doy un lujo: yo soy el que pisa las colas y sino las dejo que se quemen solas en el suelo —dijo el hombre—. Después, la parte de los edificios históricos me los fumo enteros y algunos próceres también. Hay un par de caripelas, amiga, que te la regalo.

Riéndose, Josefina le dijo que era valiente por eso y le preguntó el nombre. “Juan”, le contestó y recibió elogios por su campera de cuero.

—¿La guardás ahí para que no te la roben? —preguntó Josefina.

—¿Miedo a que me roben? ¿La campera? ¿A mí?

—Sí, está buenísima. La cuidás bien —insistió.

—Yo no tengo miedo, amiga. Los que viven con miedo son los que tienen cosas para perder y ese no soy yo, ja. Prefiero guardarla acá y no en la pensión; ahí sí que son peligrosos. Sabrás de quiénes hablo.

—Sí, otro día me contás —gritó Josefina mientras caminaba hacia el auto—. Cuando se estaba por subir, se dio media vuelta: —En mi casa hay que arreglar el termotanque, así que pásame el contacto del gasista— largó.

Ambos se rieron y Josefina vio cómo Juan volvió a sentarse y sacó un billete de diez pesos.

Montevideo, última noche

El turista pensó en un plan para la noche de ese lunes, el último de su estadía. Un lunes medio muerto, medio domingo. Recordó la voz de su hermano Marcos: “Cuando estés en Montevideo tenés que visitar Fun fun”. El bar Fun Fun está en pleno barrio de Ciudad Vieja, justo detrás del Teatro Solís, casi mordiendo la rambla que obra de platea de cara a la costa.

Se tomó un taxi. Era tal el silencio que toda la cuadra podía escuchar sus pasos. Subió a la vereda. Lo recibió un moreno que se refugiaba entre cartones y papeles sucios. Levantó la mirada y encendió sus ojos blancos.

–Soy todo oídos –dijo sin moverse.

El turista se quedó con los ojos prendidos a la cortina baja: estaba cerrado. A sus espaldas el taxi se alejaba. Como entendiendo su decepción, el moreno le comentó que el bar permanecía abierto de martes a domingo. El turista asintió con poca gana, maldijo su suerte y escondió la cámara de fotos con el movimiento más corto posible.

–Pero no se vaya mi amigo –gritó el moreno.

El fibrón negro comenzó a danzar en el papel. Su movimiento delataba cierta habilidad, aunque el malhumor ya instalado del turista no permitió que lo viera con detenimiento. Pensó en irse, en dar un paseo para que pasara el mal gusto de su última noche.

-¿Tiene nombre? -preguntó el turista, como quien quiere dilatar su salida.

Sin levantar la vista ni el fibrón, el moreno contestó:

-Sí, Víctor -afirmó.

El turista pudo leer del revés que firmaba todos sus dibujos como Víctor.

-Encantado, pero me refería al personaje que estás retratando -insistió.

-Ah no, no tiene nombre -contestó Víctor-. Sólo invento superhéroes. Y en verdad no ando bien pa'l retrato, sabe.

-¿Te gustan las historietas?

-Sí, mirá este -entonó, como queriendo retenerlo.

El turista se asomó un poco más al moreno y notó tal destreza en su dibujo, que sin pedir permiso tomó asiento sobre un costado.

-Permiso, ¿dormís siempre acá? -indagó.

-No me queda otra. Aparte les cuido el boliche y me tiran unos pesos.

-Ajá... ¿Y conocés a la gente del bar?

-Conozco todo de este lugar -dijo en la única excursión de sus ojos por fuera del papel.

-O sea que conocés a Gonzalo, el dueño -continuó.

-A Gonzalo y a los demás -agregó Víctor.

-¿Me podés hacer un favor? Dejale un saludo...

-Peremé, ¡peremé que anoto!

Víctor sacó su tercera hoja pero esta vez no era su creatividad sino el turista quien le dictaba.

-¿Qué pongo, digamé? -preguntó el moreno.

-Que estuvo de paseo y le deja un saludo Matías, el hermano de Marcos.

-Er - ma - no. Si, ¿qué más?

-Bueno, aclarale que Marcos es el amigo argentino de su primo Adrián.

-Ar - jen - ti - no. Bien, siga.

Cuando le pidió que lo pusiera entre paréntesis, lo miró como si fuera un mono. El turista tomó prestado el fibrón y terminó la nota; luego se la pasó al moreno que, luego de doblarla, la deslizó por el portón de entrada.

-Listo, ¿igual quiere saber una cosa? Nos está mirando en este mismo momento -tiró Víctor.

-¿Cómo? ¿Gonzalo?

-¡Sí sí, con esa cámara que está casi sobre la cortina, acá arriba! Sigue todo desde su casa -continuó; luego le marcó mejor la ubicación de la cámara y se paró a saludarlo.

-Genial Víctor, ¿igual te vas a acordar de mostrarle la nota?

-Sí, cuando llegue mañana me va a preguntar por la nota y por usted.

El turista se levantó, sacó unos 25 pesos uruguayos y se los dejó pidiéndole que siga dibujando, que lo hacía muy bien. Estrecharon sus manos y giró para irse. Caminó en dirección a la costa.

-¡Oiga, sólo uno de mis personajes tiene nombre! -soltó el moreno.

El turista se dio vuelta; y entonces Víctor encendió sus dientes.

-¡Manguerman! -gritó, agitando su dibujo-. Es un botija que manguaba en la calle y hacía changas, hasta que un día un hombre le dio plata y lo convirtió en superhéroe -me confió.

-¡Esa! ¡dibuje Manguerman!

-Sí, ¡Vamo' arriba Manguerman! ¡El superhéroe sin capa pero con vuelo!

Un tema de Los Redondos

Inés estaba fascinada porque, al margen de lo que pautaba el productor con las consignas y los temas a desarrollar, eran los oyentes los que muchas veces marcaban el rumbo del programa.

Quizá por eso se preguntaba siempre lo mismo: “¿Quién llamará hoy? ¿Quién estará escuchando?”. Una oyente en particular empezó a despertarle curiosidad. Una mujer que, a juzgar por su voz, había pasado más de sesenta calendarios y que pedía algo peculiar –y muy raro, según Inés- para su edad:

–Un tema de *Los Redondos* –decía la voz.

–Es como si yo me sentara en un bar y me pidiera un vermú o un moscato.

¡No da! –decía Inés fuera de aire.

Desde comienzo de año, esta oyente pedía temas de *Los Redondos* tanto martes como jueves. Siempre. Unos meses después, cuando ya era costumbre, le pasaron un tema en forma de burla por su insistencia. “*Pedía siempre temas en la radio*”, una canción de la etapa solista del líder de la mítica banda que sonó mientras Inés, el productor y el operador se unían en la misma risa.

–Sí, quisiera un tema de *Los Redondos*, gracias –decía la señora y luego cortaba.

Cada vez que la escuchaba, Inés hacía la mímica en vivo, imitándola con cara de desgraciada. Al productor y al operador les dolía la panza y por momentos les costaba recuperar el aire. Intentaron sacar conjeturas. El operador estaba seguro que la señora quería lograr un romance con el Indio Solari.

–Le tiene ganas. Fijate que tiene su misma edad. Acordate lo que te digo –
repetía.

En una oportunidad Inés no pudo hablar al aire porque se tentó y mandó a una tanda publicitaria.

–¡No, no! No puede ser tan ridícula. Que pida temas de Sandro, no de *Los Redondos* –imploraba.

Llegó la primavera y esa voz femenina ronca, quizá por tanto cigarrillo, no cambiaba el discurso.

–Un tema de Los Redondos. Gracias– decía, siempre tan breve.

Pasó noviembre. El misterio de la señora ricotera los llevó a imaginar cómo sería físicamente: una vieja de flequillo quizá, con pelo más bien corto, que usaría seguramente jean y remera negra y roja, con algún tatuaje de Rockambole. “Esta vieja que está al pedo debe fumarse un porro mientras escucha el tema de Los Redondos que le pasamos”, dijo un día Inés y el operador la miró tentado.

Diciembre fue más tranquilo. La señora no llamó en casi todo el mes. Inés consiguió amigos que se fueron rotando y le hicieron el aguante para dejar algún mensaje. Así fue hasta la noche de Navidad. Por una cuestión de la radio no pudieron grabar el programa

pero como le resultaba divertido a Inés, no le costó salir al aire en vivo esa noche. Si no tomaba esa decisión, quizá no hubiera pasado nada.

Cada uno llevó algo a la radio para tomar. Había champagne, vino, sidra, turrónes y hasta se armaron algún porro. En el primer bloque, después de los saludos y ya bajo los efectos de la marihuana, hablaron de la navidad y de las creencias religiosas. Cuando fueron a la tanda publicitaria, como siempre, cerraron con algún mensaje de los oyentes. Llamaron dos personas enviando saludos y buenos augurios hasta que el operador les hizo señas, con una sonrisa en la cara y los ojos bien abiertos. Supieron de quién hablaba. A Inés tuvieron que callarla porque en pocos segundos tenía que salir al aire y no estaba prestando atención al mensaje. Se escuchó la voz ronca femenina.

–Hola. Quisiera pedir un tema de *Los Redondos* –dijo. Pensaron que terminaba el mensaje, pero esta vez no quedó ahí. –Disculpen pero yo no puedo desearle felicidades a nadie hoy. Perdón, no me sale. Yo perdí a mi hijo en la navidad pasada. Se metió en la droga y empezó a mandarse cagadas – dijo con la voz estrujada–. Un día apareció con los ojos hinchados, dado vuelta. Se chocaba las paredes como si no conociera la casa. Un desastre, todo mal. Yo sabía que andaba en algo con la policía. Sabía que unos mangos estaba haciendo, porque no conseguía laburo –contó mientras el estudio de radio se convertía lentamente en un velorio–. La noche del 24 de diciembre me llamó la policía preguntándome si yo era la madre y bueno, me dijeron lo peor. No puedo explicarles. Hoy sólo me queda pedirles un tema de *Los Redondos*, porque él era fanático y es mi manera de sentirlo cerca. Disculpen,

pero quería compartirlo con ustedes que son mi compañía en las noches –
soltó la señora.

Una semana después fue invitada al estudio.

–Yo sé que fue la Policía –le confesó a Inés antes de ser presentada al aire–. Él
era rebelde y no hacía caso nunca. Ya había venido marcado un par de veces,
¿viste?– dijo.

Ese día no había apuro para proponer tema ni había que rellenar espacios con
llamados truchos. El operador le dio “play” a *Juguetes perdidos*, que empezó a sonar para
darle paso a la columna semanal de Patricia, la mamá de Martín, hablando sobre la
concientización para prevenir adicciones, de la justicia y de ser cuidadoso con el entorno
que se elige. El productor quiso sincronizar miradas con Patricia para mandarla al aire pero
Patricia giró rápidamente y por debajo de la mesa sacó una botellita de agua y un
monedero. No sin dificultades en el pulso, se puso algo blanco en la lengua, inclinó la cabeza
hacia arriba y tragó ayudándose con el agua.

–Ahora sí. Me estaba olvidando mi cuartito de Clonazepam –dijo y la luz de
“aire” se encendió.

Vigilia

“Noche de Vigilia: este sábado a las 23.30 te esperamos en la puerta del Centro Cultural Malvinas (calle 19 y 51, La Plata). Prohibido asistir con teléfonos celulares. Venite con quien quieras y con algo para compartir: instrumentos musicales, algo para leer, fotos de algún viaje, lo que quieras. Traete ropa cómoda!”.

Aquella invitación por Facebook dirigida a un público desconocido podía ser un llamado al rejunte hippie que había quedado varado en una segunda quincena de febrero. Sino, en el último de los casos, sería una aventura fallida. Sin embargo, la creación del evento tenía un sentido alejado de la improvisación. Franco y Chicho habían vuelto renovados de un viaje por el norte argentino y con ganas de estirar cierta sensación de libertad. Ya en La Plata, en largas charlas nocturnas sentados en la vereda, construyeron una hipótesis. Que podían recrear el ambiente que quisieran aún en pleno centro de una ciudad capital. El ideal era un ambiente cálido, casi de fogón, de situación de viaje y que se preste a conocer gente que tenga intereses en común o similares. ¿Qué saldrá de todo esto?, repetían sonriéndose a la cara Franco y Chicho.

Una chica de rastas y una con buzo de lana hecho a mano prendieron las velas, un incienso y apoyaron sus bolsos y el equipo de mate.

–Todos cumplen con los requisitos que pedimos– preguntó Franco en voz alta.

Todos, aun sumergidos en su timidez, asintieron. Mientras Franco pedía un mate caliente, Chicho –petiso y de pelo rapado- se unió con un grupo nutrido de asistentes.

El mate ya había terminado la primera vuelta. El clima acompañaba: típica medianoche primaveral, con brisas leves y algo de humedad.

Franco dijo que el clima le hacía recordar a su viaje por el norte argentino, “aunque allá es más seco”, aseguró. Y habló de la amabilidad de los jujeños, de la magia de los cerros, de lo atractivo de conocer gente en los hostels. Sin darse cuenta, Franco, abrió el juego. En seguida intervinieron dos personas: una chica de unos treinta que vivió en Hawai y que explicó cómo pudo manejarse durante cinco meses conviviendo en comunidad en una de las pocas islas que no están bajo dominio yanqui, donde aprendió a construir casas de adobe y barro. Luego fue el africano de Etiopía que balbuceaba un castellano forzado: confesó haber cumplido el sueño de casarse con una argentina al mudarse a nuestro país. Bastardeó nuestra falta de conciencia en el uso del *cannabis*.

–Ustedes no saben cómo vincularse con una planta maestra; lo hacen casi por deporte– señaló.

Su pareja escuchó pero no intervino porque peinaba con paciencia y dedicación a la hija que tuvieron juntos: una niña de seis años que jugaba en el piso con un tronquito de palo santo.

El grupo coincidió en la necesidad de viajar como un mecanismo vital para reivindicar el propio camino. Habló una pareja, aún maravillada por su viaje a Méjico y la cultura maya; una chica que visitó distintos lagos del sur argentino y un muchacho que

invitó a todo el grupo a conocer la Isla Paulino, a pocos minutos de Berisso. “Mucho viajecito al exterior pero la Isla Paulino garpa; háganme caso”, dijo.

La ronda y las palabras crecieron en dinámica y confianza. En medio del entusiasmo, un bajón de tensión provocó el apagón general en las iluminarias de la plaza. Quedaron prácticamente a oscuras. Se escucharon murmullos y alguna chica amagó con irse. Chicho se levantó a prender un par de velones. Inés, una chica de 32 años tuvo que agitar sus brazos para que pudieran ubicarla en la penumbra de la ronda. Tenía una pollera holgada, florida. Habló de su viaje reciente por la India. Con sonrisa tímida confesó haber manoteado sin permiso unas flores de loto de una tienda que todavía pregunta por ella. Sacó de su bolsito un puñado apelmazado de un ramito seco que habitualmente usa como amuleto y para armonizar espacios. Se puso de pie y tomó inciensos que desplegó en la manta para que todos tuvieran el suyo, pero cuando se reclinó para desparramarlos percibió una sombra en la cara que le paralizó la mano. Miró hacia delante buscando alguna certeza. Nada. Todos quedaron perplejos, sin emitir sonido. Desviaron la mirada hacia la sombra, que los llevó hasta la posición de un muchacho moreno que se arrimó lentamente a la ronda, algo desorientado. Tenía una remera negra de Pink Floyd, el pelo sucio y enredado y un jean roto a la altura de las rodillas.

–Permiso amigo, ¿de dónde salieron ustede’?– apuntó el moreno mientras la ronda aguantaba un aliento tibio. Nadie respondió, nadie tomó partido hasta que surgió la voz de Franco.

–Sentate con nosotros así nos conocés– tiró.

Todos lo miraron a Franco: algunos le fruncieron el ceño, otro le mostró todo lo blanco de su ojo casi desorbitado, el africano giró la vista hacia su esposa sin entender, y los que se habían mantenido callados murmuraron algo por primera vez. Meses después confesó que si no estaban en grupo, muy probablemente no le hubiera salido invitarlo con tanta tranquilidad. Lo cierto es que en ese momento Chicho, apenas con la convicción de respaldar la postura de su amigo, le hizo un guiño al moreno para que se animara a sentarse. Buscó un hueco para tirarse al pasto. Nadie atinó a brindarle lugar a su lado. Terminó sentándose detrás de una chica que se corrió más por incomodidad que por cortesía. La chica que hablaba de su viaje por la India se comprimió como su ramito de flores secas y quedó en silencio. Franco tomó la posta:

-¿Cómo te llamás vos?

-Víctor -le respondió.

Franco señaló a Chicho y le contó que ambos habían organizado este encuentro, que nadie se conocía con nadie, sólo excepciones de gente que vino con su pareja u otra compañía y que estaban hablando de viajes. Cuando lo iba a poner al tanto del último relato, el de la India, Víctor lo interrumpió.

-Perdoná loco pero hablando de viaje quiero saber una cosita: ¿acá nadie fuma faso?

Las carcajadas rompieron el hielo de las miradas. Una chica metió su mano en la cartera, como si hubiera esperado siempre ese momento, y sacó eyectado un cigarro entre

dos dedos. Víctor, de ojos hundidos y profundos, pidió fuego. Un gordito de pelo largo, callado, le ofreció su encendedor.

-No, no. Prendelo vos -ordenó Víctor y le acercó el cigarro que ya sostenía entre los labios. Su mirada no apuntó ni al cigarro ni al fuego: estaba fija en el gordito, ya tenso, que estiró su brazo con esfuerzo.

-Gracias vieja; lindo reloj tenés -largó Víctor y el gordito le reitró la mano más rápido que la mirada.

En ese momento Chicho quiso interceder y se le ocurrió hablar sobre el evento de Facebook. Víctor lo frenó.

-¿Ese feibuk es el programa que se usa para buscar gente? Yo no tengo eso loco, ni computadora tengo jaja -dijo y largó una carcajada que resonó como trueno en toda la plaza.

-A veces mejor no tener, bah, depende -comentó Franco y continuó la charla comentando que la idea es compartir experiencias a partir de lo que ofrece la nocturnidad. Luego le preguntó: -¿Qué significa la noche para vos?

Víctor agachó la cabeza por primera vez. El silencio se escuchó. Demoró la respuesta.

-Para mí la noche es una mierda, loco -dijo finalmente-. Es una cagada porque mi familia me hacía pasar un infierno durante la noche, ¿me entendé'?- Chicho asentó con la cabeza ante la mirada de Víctor y al igual que todos esperó a que continuara su relato.

-Mi viejo se emborrachaba y me pegaba con una tablilla de madera, con puntas y clavos. Mirá chabón- dijo Víctor estirándose la remera con uno de sus puños, dejándo un hombro al descubierto. -Esta es la marca que me dejó la noche, chabón.

Todos vieron cómo fumó bien hondo su cigarro, como si esa punta de fuego pudiera hacer cenizas algún recuerdo.

-Esos eran mis padres adoptivos, porque mi vieja me abandonó de pibe- reveló Víctor. El silencio abrazó toda la plaza. Pareció como si las ramas de los árboles no quisieran agitar las hojas por un momento.

Franco y Chicho, atentos a cada palabra, hicieron un gesto de "acá estamos" a un amigo que llegó caminando a la ronda. Es Walter, que se sentó pegado a Víctor y levantó el pulgar de la mano, sin emitir palabra. Las miradas volvieron al moreno, que esperó unos segundos y luego confesó haber cometido "varias cagadas", dice, porque la calle no es un ambiente amable para un joven golpeado por la vida, tallado por el dolor desde su niñez.

Ya no se escuchaban ni murmullos ni bostezos. De fondo, como en un segundo plano, se oyó la música de un auto excitado por la noche del sábado: un motor que crujía amagándole al semáforo en rojo. Dio el verde y salió. El sonido del auto se fue perdiendo, casi a la par de las velas que ya se consumían. Franco y Chicho no tenían ganas de irse pero era tarde y advirtieron que el africano y su esposa iban juntando sus cosas. Creyeron que ya era el momento.

-Gente, vamos a ir cerrando por esta vez- dijo Chicho y sugirió que hicieran que se acerquen para dejarle un teléfono o cualquier contacto. Víctor se arrimó.

-No tengo teléfono ni internet, mostro, pero me gustó la movida -dijo.

Chicho alcanzó a escuchar que le susurró algo. Una hora después sacó reflexiones con Franco respecto a esa confesión. Pero en ese momento Víctor estaba realmente preocupado porque tenía sólo una portátil "para escuchar los partidos del Lobo". Chicho pensó cómo hacer para estimular su interés y todavía no sabe porqué pero se le vino a la cabeza el programa nocturno de Claudio María Domínguez. También le recomendó a Dolina.

Mientras Chicho se imaginó haciendo un programa radial de noche, fue juntando la manta y los velones con Franco. La mochila y el bolso aguantaban con lo justo. Víctor les pidió si podían acercarlo unas cuerdas y dijo que arranquen, que ahora los alcanzaba. Antes necesitaba hacer "una parada técnica en el árbol". Luego caminó hacia calle 19, donde Franco y Chicho lo esperaban. En ese lapso breve Chicho le preguntó qué le había susurrado minutos atrás.

-Me dijo que la vida y la noche le dejaron muchas marcas, pero que esta noche también le dejamos una marca -soltó Franco. Luego cambió rápido de tema. Víctor los había alcanzado.

-¿Y el auto? ¿No me digá' que están a gamba ustedes? -dijo.

Franco se rió, movió la cabeza en forma afirmativa y empezaron a caminar. Cruzando la avenida, un grupito de motoqueros echaron tiros por los caños de escape. “¡Laburen, vagos!”, gritó uno que cruzó el semáforo en rojo.

–¡Ey Gato! Si te cruzo, te quemo –saltó Víctor.

–Tranquilo amigo, nos estaba gastando –dijo Chicho, entre risas–. Ese gato es medio loco pero es amigo nuestro, no pasa nada –explicó y le preguntó si no les daba una mano para cargar los bártulos.